

no se sabe dónde, para no se sabe quién! ¡Hay que concluir, igualmente, con el arte caótico, con los "objetos estéticos" a medio hacer, con el tartamudeo creador!

En esta época de cohetes, el artista ha de tener viva en su conciencia la plenitud de su misión formal. Armar sus "objetos estéticos", al igual que los científicos arman sus "Sputniks" interplanetarios, para fines semejantes.

Muchos y variados son los intentos que, día a día, se hacen para llegar a la luna.

Científicos y artistas anhelan remontarse en el espacio, están en jadeo, en arrebatado angustioso, por *ver*, por *enterarse*. En este vuelo arriesgan no volver jamás a la tierra.

Este vuelo hacia el entendimiento es el drama más hondo del auténtico creador.

CARLOS LEÓN

CONSIDERACIONES LITERARIAS

EN LA reminiscencia radica, a nuestro juicio, un matiz fundamental de casi toda concepción literaria.

Recordar, como quien conversa a media voz, un tiempo pretérito, pero tan presente, sin embargo, que no se resigna a desaparecer y regresa, pero reducido ya por la función selectiva de la conciencia a sus dimensiones esenciales.

Y los seres, acontecimientos y cosas que habían quedado como una ruina, como un desecho entre los días y los meses remotos se estructuran de nuevo, como los rompecabezas, adquieren una jerarquía y también un sentido.

Pero recordar no basta, es necesario también recrear, narrar, recurrir, en suma, a las palabras que son como una dimensión distinta de cosas y sucesos. Pues si al hombre de acción preocupa la existencia de las cosas y al investigador su esencia, el literato debe buscar además el lenguaje particular de cada uno.

Se trata de encerrar cada ser en un conjunto de palabras articuladas de tal manera que sólo convengan a ese ser, como la letra precisa, única que resuelve la ecuación algebraica, en una unidad perfecta.

Creemos pues, que los objetos, materia de este especial conocimiento, casi mágico, que es el conocimiento literario, tienen una sola y exclusiva ma-

nera de ser expresados; el que la descubre, escribe una obra valedera y auténtica.

¿Cómo encontrar la clave precisa, las palabras exactas, en suma, el idioma particular de cada cosa?

Se trata, a nuestro juicio, de practicar una síntesis que reduciendo el objeto a aquello, que le pertenece en forma intransferible e íntima, lo despoja de todo lo superfluo y también de todo lo necesario.

Desde otro punto de vista, creemos que la literatura debe bastarse a sí misma, es decir, que en ella deben intervenir elementos meramente literarios.

¿Podría acaso reprocharse a esta actitud falta de sensibilidad política o ética?

Creemos que no, pues si la obra es auténtica llevará en su seno todos aquellos elementos que le convengan, sean estos sociales, políticos, científicos o éticos, pero en una medida tal que no la transformen ni en un gemido, ni en una proclama, ni en un texto de psicología.

A la luz de estas ideas analizaremos, en forma muy personal y breve, algunos elementos del relato.

El tiempo

En otras épocas, el tiempo tenía un carácter calendario; estaba en la vida como las cosas y naturalmente las personas resultaban eternas.

Los personajes jóvenes estaban suspendidos como inmunizados contra este elemento de una naturaleza tan misteriosa y cuando transcurrían algunos años, sin transición psíquica alguna, por una cómoda convención envejecían bruscamente, como Rip Van Wincke, el personaje de la deliciosa fábula europea.

Pero el tiempo no está en la vida, como las cosas, constituye la esencia misteriosa en que nos hacemos y deshacemos; en suma, el tiempo es la vida misma y su percepción concreta, desgarrada y actual constituye una dimensión íntima y fatal de cada ser.

Este sentido dinámico del tiempo constituye, a nuestro juicio, una categoría importante en la creación literaria.

Los personajes

Frente a la tradicional caracterización de los personajes sobre la base de elementos pictóricos como la estatura, la corpulencia o el color de la tez

proponemos dos elementos distintos: el idioma y la sucesión. El primero porque como ya llevamos dicho, si la literatura se realiza con palabras, la manera más ortodoxa de caracterizar a los personajes debe ser el idioma que poseen.

En lo que respecta a la sucesión en el tiempo, consideramos que la vida nos ofrece una espontánea lección de realidad, que resultaría torpe desdeñar.

En efecto, nuestros conocidos no se presentan definiéndose, sino que nos confieren imágenes aisladas, no siempre coincidentes, a veces contradictorias, de sus personalidades.

La suma y la constante de estas imágenes, nos otorga el conocimiento de alguien.

Creemos que el escritor para conferir cualidad y persistencia a sus personajes debe usar un método análogo.

Distancia entre el autor y la obra

Creemos que es indispensable establecer entre el sujeto y el objeto una distancia prudente y funcional.

Es decir, consideramos que jamás el escritor debe ceder a la tentación de incluirse en la obra en forma rudimentaria, de manera que entre ambos se forme una mezcla abigarrada y anárquica.

Creemos sí, que el escritor puede ser, más todavía, debe ser en forma expresa o tácita el personaje central de toda su creación. Empero, en cuanto personaje debe tratarse como tal, y por añadidura observarse como si fuera un extraño, sin ceder a la tentación de adornarse con otros atributos que no sean estrictamente literarios.

El amor

Esa convención denominada Amor y que designa tantas cosas diversas, debe constituir para el escritor una verdadera teoría del conocimiento.

Debe mostrarle el límite de sus posibilidades emocionales.

De ahí que sostengamos que el escritor sólo puede referirse al amor con propiedad, cuando ha olvidado con el corazón y recuerda sólo con la memoria.

La verdad

Las consideraciones que nos sugiere este término casi imposible, tienen un carácter personalísimo.

Consideramos que existe una urdimbre que sirve de sustento a todos los valores y ella no es otra que la verdad,

Empero, para el escritor no se trata de la verdad mecánica estadística y artificiosa, de cierta literatura del siglo pasado, sino de una verdad distinta, integral y trascendente, que inserte la experiencia con sus propias categorías en un esquema sinfónico y unitario.

HERBERT MÜLLER

LOS ESCRITORES JOVENES Y LOS PROBLEMAS SOCIALES

PRINCIPIO por confesar que el tema del presente trabajo me fue sugerido por el fastidio que me ha causado siempre el comprobar que, en nuestros ambientes literarios, se acepta y comprende por problemas sociales, únicamente aquellos que provienen de los conflictos que surgen de las diferencias de clase, fortuna, raza, ideas políticas, ideas religiosas, y por las situaciones biológicas hereditarias.

Esta estrechez de criterio, que fija límites tan reducidos a la combinación de dos palabras que tanto significan, ha provocado el que a nosotros, actualmente llamados "jóvenes escritores", se nos ataque, con frecuencia, por no mostrar preocupación alguna, en nuestras obras, por los mencionados problemas; ha provocado que se nos acuse de estar perdiendo el tiempo; de no cumplir con nuestra misión existencial.

(Se libran de estas críticas, desde luego, los dos o tres escritores que, por razones a o zeta, han continuado removiéndolo las cuestiones sociales a la manera... digamos: "ortodoxa").

Convencido de lo antojadizo de estos reparos, yo podría haberme encogido de hombros, podría haberme dicho: "¡Bah... están equivocados!" y haber seguido de largo, impertérrito, escribiendo; pero, al recibir la carta invitación de esta Universidad para participar en el Primer Encuentro de Escritores, me dije: "¡Bien!... creo que es la ocasión para decir algo sobre los mentados problemas sociales".

Yo entiendo, para comenzar, por problemas sociales, todas aquellas situaciones que crean dificultades a los seres humanos que viven en una colectividad y que comprometen sus buenas relaciones.

Yo no hago distinciones entre los problemas que afectan a muchos, a pocos o a un solo individuo.

Creo, con Jung, que cada hombre lleva consigo su historia toda y la historia de la humanidad,